

CAPÍTULO 16

Algunas nociones básicas sobre la teoría del conocimiento de Hume

Sofía Calvente

David Hume (1711-1776) es un filósofo e historiador que pertenece a la llamada Ilustración escocesa, un movimiento cultural y filosófico que se desarrolló fundamentalmente durante la segunda mitad del siglo XVIII, aunque tuvo sus antecedentes a comienzos de ese siglo y su prolongación en el primer cuarto del siglo XIX. Los pensadores más destacados de este movimiento son Adam Smith, Thomas Reid, y el propio Hume, pero hubo muchos otros más que formaron parte de él. Publicó su primera obra, el *Tratado de la naturaleza humana* (1739-40), cuando solo tenía 28 años. En ese momento el trabajo pasó inadvertido, por lo que unos cuantos años después, Hume decidió reformular el modo en que estaba escrita para hacerla más clara y accesible. Así, en 1748 publica *Investigación sobre el entendimiento humano*, donde retoma de manera más depurada y con algunas modificaciones aquello que propuso en el primer tomo del *Tratado*, que tiene que ver con estudiar el modo en que funciona la mente humana para determinar qué es aquello que podemos y no podemos conocer, y el modo en que lo hacemos. En *Investigación sobre los principios de la moral*, que se editó en 1751, hace lo mismo pero respecto del tercer volumen del *Tratado*, ocupándose de establecer los principios de una ética basada en aquello que consideramos como motivos y acciones virtuosos antes que en normas establecidas formalmente. Entre otras obras, también escribió gran cantidad de ensayos sobre diversos temas, que fueron los que le permitieron obtener reconocimiento en su época. Como dijimos más arriba, Hume también fue un historiador de renombre, ya que publicó una *Historia de Inglaterra* en seis volúmenes (1754-62).

Las intenciones de Hume en el *Tratado de la Naturaleza Humana* se relacionan con aplicar el método experimental al ámbito de las cuestiones morales, que en su época abarcaban lo que hoy equivaldría a las ciencias sociales y humanas, entre otras disciplinas. El método experimental fue iniciado por Francis Bacon (1561-1626) y continuado por muchos otros autores, entre los que se destaca Isaac Newton (1643-1727). En líneas generales el experimentalismo propone un cambio en el modo en que solía hacerse filosofía natural —lo que hoy quedaría comprendido en disciplinas como la física, la astronomía o la biología. Hasta el siglo XVII, los filósofos se centran en el estudio de la obra de grandes figuras como Aristóteles o Tomás de Aquino, antes que en la observación del mundo natural. Por el contrario, los nuevos filósofos experimentales

consideraban que había que dejar de lado la autoridad de los libros, porque el conocimiento adecuado solo provenía de la experiencia.

Bacon plantea que para obtener un conocimiento confiable en el ámbito natural debemos partir de hechos o casos particulares para poder ir construyendo, a partir de ellos, afirmaciones cada vez más generales: por ejemplo, puedo comenzar observando que mi perro *border collie* cambia de pelaje dos veces al año. Luego, puedo buscar otros perros de la misma raza entre mis conocidos y preguntarles si sucede lo mismo con sus perros, y así ir ampliando la cantidad de casos de *border collies* que hacen ese cambio de pelaje. Si en todos los casos observados constato lo mismo, puedo decir que *350 border collies observados en la región del gran La Plata en 2022, cambian de pelaje dos veces al año*. Esta es una afirmación de carácter general surgida a partir de la sumatoria de casos particulares. Puedo generalizar aún más la afirmación pidiéndoles a colegas de otros lugares que me informen de casos similares en Argentina, en Latinoamérica y en mundo, y continuar la observación a lo largo de los años. En ese caso, la afirmación diría que *100.000 border collies observados en 30 países durante el período 2022-2024 cambian de pelaje dos veces al año*. Sin embargo, por más cantidad de casos que sume, la afirmación nunca tendrá un carácter necesario ni absoluto, nunca podremos afirmar que *todos los border collies cambian de pelaje dos veces al año* porque puede surgir uno o más casos en los que haya perros de esta raza que no cambien de pelaje o que lo hagan más de dos veces al año. Pero al mismo tiempo, cuanto mayor sea la cantidad de casos similares, más fuerza tendrá la afirmación de que hasta el momento los *border collies* observados cambian de pelaje dos veces al año. Esto es lo que se conoce como conocimiento inductivo, que va de lo particular a lo general. El conocimiento inductivo nunca es necesario ni definitivo, sino probable y provisorio. Bacon consideraba, además, que los casos particulares no se obtienen solo por observación, sino que es lícito hacer experimentos para llegar —siempre que sea posible— a los mismos resultados. Los experimentos son hechos deliberadamente planificados por los investigadores, que buscan alterar o acelerar el curso natural para constatar de qué manera suceden las cosas. Es un camino complementario al de la observación.

Este método sirvió exitosamente para explicar muchos fenómenos del ámbito natural. De allí que Hume, al igual que otros autores de su época, buscara determinar si era posible aplicarlo a los fenómenos humanos y sociales para alcanzar resultados semejantes. Hume creía que en el ámbito moral, el método experimental debía basarse solo en la observación, ya que no era posible manipular experimentalmente la conducta y la mente humanas. La observación debía ser tanto del comportamiento de los seres humanos en sociedad, en interacción con otras personas, como de la propia mente mediante la introspección, lo que equivale a la observación de los estados de la propia conciencia.

Por ese motivo, como primer paso en su proyecto de investigación, Hume se propone conocer las diferentes operaciones y elementos de la mente, distinguiendo unos de otros y clasificándolos de manera adecuada. Sin embargo, Hume se considera a sí mismo como un escéptico mitigado

o académico¹⁴⁸ y, por lo tanto, sabe que seguramente no logrará descubrir los fundamentos últimos de esas operaciones y elementos mentales. En *Investigación sobre el entendimiento humano* comienza afirmando que, si bien el ser humano es un ser racional, las posibilidades de conocimiento con las que contamos son muy limitadas, en gran medida debido a que ni nuestra razón ni nuestros sentidos son infalibles. De esta manera considera que el escepticismo mitigado que profesa le permite restringir las investigaciones filosóficas a límites adecuados a nuestra capacidad, poniendo freno a las pretensiones exageradas de querer alcanzar verdades absolutas o definitivas que están fuera de nuestras posibilidades de conocimiento.

En este punto se diferencia de autores como Descartes, quien emplea el escepticismo como estrategia metodológica para encontrar esos fundamentos últimos e indudables del conocimiento.¹⁴⁹ Hume cree que debemos limitarnos a aquello que podemos conocer ya sea mediante la introspección, o por medio de la observación de la vida cotidiana de los seres humanos en sociedad, para luego establecer generalizaciones a partir de los hechos puntuales que podamos registrar. Esas generalizaciones no van a ser indudables sino provisionales y susceptibles de revisión, pero no podemos obtener otro tipo de conocimiento respecto de las cuestiones morales. Hume cree que es preferible contentarnos con un conocimiento de este tipo antes que inventar fuerzas ocultas o entidades inobservables como causas de los fenómenos que observamos.

Los componentes básicos de la mente

Los primeros elementos que Hume reconoce en su mente al hacer introspección son lo que denomina *percepciones*. Considera que las percepciones son la materia prima de la mente y las divide en dos clases a partir de un criterio fenomenológico: la intensidad con la que se nos presentan, a la que se refiere como *fuerza y vivacidad*. Las más vívidas se denominan *impresiones*. Las impresiones, a su vez, pueden ser de dos clases: de sensación y de reflexión. Las de sensación son las que surgen primero; por ese motivo, Hume las llama también *originarias*. Incluyen tanto sensaciones que provienen de los órganos de los sentidos (gusto, tacto, vista, olfato, oído), como así también dolores y placeres corporales, por ejemplo, el dolor que puedo sentir al quemarme con el vapor de la pava que puse al fuego. Los sentidos serían las causas inmediatas de las percepciones, pero sus causas remotas, es decir, lo que origina un determinado olor, un determinado sonido, una sensación placentera, etc. es algo que no podemos determinar, nos resulta desconocido (T 1.1.2.1)¹⁵⁰. Daría igual que las percepciones fuesen originadas por objetos materiales, por el poder de Dios, por un genio maligno, o por nuestra propia imaginación, ya que, en tanto Hume es un escéptico, considera que no podemos

¹⁴⁸ Véase el [capítulo 7](#) de este libro.

¹⁴⁹ Ibid.

¹⁵⁰ El método citación de las obras de Hume se aclara en la sección [Referencias](#).

demostrar que existan conexiones causales entre nuestros estados mentales y algo distinto de ellos, como podría ser el mundo externo, del cual podrían provenir las imágenes, texturas, olores, dolores, placeres, etc. que pueblan nuestra mente. Hume sostiene al respecto que “no podemos satisfacer a la razón, que nunca halla un argumento convincente basado en la experiencia para demostrar que las percepciones están conectadas con los objetos externos” (IEH 12.14). En definitiva, solo puedo tener certeza, por ejemplo, de que siento dolor ocasionado por el calentamiento intenso de mi mano, pero no puedo demostrar que la causa de ese calor intenso es una pava con agua hirviendo a la que mi mano se acercó, o una alucinación, o un engaño del genio maligno. Tampoco puedo demostrar que mis impresiones se corresponden con o se asemejan a aquello que supuestamente las causa porque en definitiva, no sé en qué consiste esa causa. Las impresiones de reflexión consisten en emociones y pasiones. Hume las llama también *secundarias* porque se generan a partir de impresiones de sensación o de ideas (el otro tipo de percepciones que veremos a continuación). A pesar de ser secundarias, por ser causadas por otras percepciones, el contenido que tienen es novedoso, no repite el de las percepciones que las causaron. Por ejemplo, yo puedo oler un clavel (impresión de sensación) y que eso me genere una emoción de tristeza (impresión de reflexión) porque me recuerda a las flores que suele haber en los cementerios.

Las impresiones, más allá de que sean de sensación o de reflexión, se caracterizan por ser efímeras, variables y estar en constante fluir. Las ideas, que son la segunda clase de percepciones, son más débiles que las impresiones en cuanto a vivacidad, pero tienen la capacidad de perdurar en la mente. Para entender las diferencias entre impresiones e ideas podemos notar que una cosa es tener una imagen visual cuando estamos parados frente a un paisaje magnífico —lo que sería una impresión de sensación— y otra es hacernos una idea de ese paisaje al leer su descripción en un libro o al recordar ese lugar al que alguna vez fuimos. Es obvio que lo que ocurre en nuestra mente cuando presenciamos directamente el paisaje tiene mucha más fuerza y vivacidad que la idea que luego podamos hacernos de él. Pero a su vez, esa fuerza y vivacidad se desvanecen tan pronto dejamos de tener ese paisaje enfrente nuestro, mientras que el recuerdo perdura. Como podemos ver en el ejemplo, las ideas tienen origen en dos facultades mentales: la memoria —si recuerdo ese paisaje en el que una vez estuve— y la imaginación —si me hago una imagen mental de él a partir de la lectura, por ejemplo. Hume dice, por otro lado, que las ideas son copias de las impresiones, ya que su contenido representa al de las impresiones y no es novedoso, y además siempre encontramos que las impresiones se presentan en la mente antes que las ideas. Por lo tanto, las ideas no solo se asemejan a las impresiones sino que además son causadas por ellas. Este principio ha sido llamado el *principio de la copia*. Sin embargo, como veremos a continuación, solo se aplica a las impresiones e ideas simples.

Una característica que Hume le atribuye a todas las percepciones, tanto impresiones como ideas, es que son “diferentes, separables y distinguibles entre sí y también de cualquier otra cosa que podamos imaginar” (T 1.4.5.27). Esta característica ha sido denominada como *principio de separabilidad*, y lo lleva a postular que existe otra diferencia entre las percepciones: además de la distinción que mencionamos antes entre impresiones e ideas, toda percepción

puede ser simple o compleja. Las percepciones complejas son aquellas que se pueden dividir en otras percepciones: por ejemplo, el paisaje que mencionamos recién es una impresión compleja compuesta por formas, colores, sonidos, olores, texturas, movimientos y sensaciones placenteras. Esta impresión compleja puede subdividirse hasta llegar a impresiones simples. Las impresiones simples son aquellas que ya no pueden subdividirse más, ya que son lo mínimo que puedo percibir: por ejemplo, un punto coloreado, una nota musical o el sabor ácido. Lo mismo sucede con las ideas: puedo recordar o crear mentalmente la idea compleja del paisaje y descomponerla luego en ideas simples. Pero no toda idea compleja tiene su correlato en impresiones complejas, ni a la inversa, toda impresión compleja se ve reflejada en ideas complejas. Por ejemplo, puedo hacerme una idea de cómo sería un paisaje en la Atlántida a pesar de que ese lugar mítico no existe, lo que impide que tenga una impresión compleja de él. También puedo tener la impresión compleja de París cuando la estoy recorriendo, aunque luego no pueda tener una idea compleja que refleje todas las casas, las calles, los monumentos o las personas que vi en ese momento y en ese lugar. Esto muestra además que el principio de la copia, es decir el que postula que toda idea es copia de una impresión y es causada por ella, se aplica solo a las impresiones e ideas simples, como señalamos antes. Así, Hume afirma que “toda idea simple tiene una impresión simple a la cual se asemeja, igual que toda impresión simple tiene una idea que le corresponde” (T 1.1.1.5).

Como hemos mencionado anteriormente, las impresiones simples siempre se presentan antes que las ideas simples, por eso Hume las considera como causa de las ideas simples. Esto lo lleva a plantear que la única manera en que una idea simple puede surgir en la mente es mediante una impresión simple de sensación que la causa, ya que recordemos, además, que las impresiones de reflexión son secundarias, es decir, originadas a partir de impresiones de sensación o de ideas. Podemos contrastar esta postura con la de Descartes, quien planteaba que existían ideas innatas, es decir impresas por Dios en nuestra mente desde antes de nacer. Esta postura se conoce como *innatismo* y era frecuente en la época. Las ideas que muchos autores consideraban innatas eran aquellas vinculadas al conocimiento, como el principio de no contradicción (no es posible que una cosa sea y no sea al mismo tiempo), y también las que tenían que ver con la moral (la idea del bien, por ejemplo). Para Hume, al igual que para otros autores, no tenemos ninguna idea innata, impresa en nuestra mente desde antes de nacer, sino que toda idea simple —y las ideas complejas se construyen a partir de las simples— provienen de impresiones simples.

Las facultades mentales y los principios de asociación

Al igual que Descartes y muchos otros pensadores modernos, Hume toma como sinónimos los términos mente, alma y espíritu. Al igual que otros pensadores, entre los que también se encuentra Descartes, explica el funcionamiento de la mente a partir de lo que suele llamarse la *psicología de las facultades*. Esta teoría plantea que las distintas operaciones de la mente

pueden atribuirse a sus distintas capacidades, a las que se denomina facultades. Habitualmente, en la modernidad se distinguía entre dos grandes tipos de facultades o capacidades mentales: la capacidad de pensar, expresada en la facultad de conocer, y la capacidad de querer, expresada en la facultad de la voluntad. Luego, los distintos filósofos establecían diferentes subdivisiones al interior de estas dos facultades (Hatfield, 2008).¹⁵¹ En el caso de Hume, las facultades referidas al conocimiento son la razón, el entendimiento, el juicio, la imaginación, la memoria y la sensación. Veamos brevemente en qué consiste cada una.

El entendimiento tiene la función de formar conceptos; el juicio, la de percibir la relación entre esos conceptos; y la razón, la de hacer una inferencia de un juicio a otro (Owen, 1999). Respecto de las inferencias, Hume distingue entre las demostrativas, que nos permiten alcanzar conocimiento, y las probables, que nos permiten obtener solo creencias u opiniones. Veremos esta cuestión con más detalle en el siguiente apartado.

La sensación no requiere de mucha explicación, ya que hemos hablado de ella al ocuparnos de las impresiones de sensación. Es la facultad mediante la que percibimos las impresiones. Hume define a la memoria como la facultad por la que revivimos las imágenes de percepciones pasadas (T 1.4.6.18). La memoria, recordamos, es una de las facultades donde aparecen las ideas causadas por las impresiones. Estas ideas de la memoria tienen una gran fuerza y vivacidad, y pueden conservar el mismo orden y posición en el que las impresiones se presentaron originalmente a la sensación. A tal punto la memoria se relaciona estrechamente con la sensación, que Hume a veces habla de “impresiones de la memoria”, porque las ideas de la memoria serían como un “volver a vivir”, una suerte readmisión o repetición de las impresiones (T 1.3.5.7).

La imaginación es la otra facultad, aparte de la memoria, donde aparecen las ideas, aunque allí lo hacen con menos fuerza y vivacidad que en la memoria. Sin embargo, la imaginación, a diferencia de la memoria, tiene la capacidad de alterar el orden en el que las impresiones aparecieron originalmente y de crear ideas complejas que no se correspondan con ninguna impresión compleja, asociando ideas simples entre sí. La imaginación tiene una importancia fundamental en la filosofía de Hume, justamente porque es la facultad donde tiene lugar la asociación de ideas. A partir de los materiales que nos ofrecen las impresiones, la imaginación dispone de un conjunto de ideas simples que puede combinar, trasponer, aumentar o disminuir de diversas maneras, por medio de lo que Hume llama “principios de asociación” (IEH 5.10). Esos principios pueden ser permanentes y universales o bien variables, débiles e irregulares (T 1.4.4.1) y nos permiten combinar ideas simples para construir ideas complejas, como así también dividir ideas complejas y combinarlas con otras para crear nuevas ideas complejas.

Los principios de asociación permanentes y universales hacen que nuestras ideas se asocien de forma regular, es decir, que lo hagan habitualmente de la misma manera. Pero esto no garantiza que siempre la imaginación asocie ideas de esa forma, ya que Hume considera que es una facultad que suele funcionar de manera azarosa y caprichosa. Por lo tanto, no se trata

¹⁵¹ Véase la entrada [mente](#) en el [Glosario](#).

de principios infalibles. Hume considera que esos principios permanentes y universales son tres: la semejanza, la contigüidad y la causalidad. Mediante el primer principio, asociamos una idea con otra en función de que se parecen: por ejemplo, asocio la foto de un amigo con el recuerdo que tengo de él. Mediante el segundo principio, asociamos una idea con otra en función de su cercanía espacial y/o temporal, por ejemplo, asocio la impresión visual del cartel que dice *Bienvenidos a La Plata* con la idea de mi casa situada en esa ciudad —contigüidad espacial— o bien, el sonido del timbre que indica la salida al recreo con la idea del alfajor que me voy a comprar en el kiosco del colegio ni bien abandone el aula —contigüidad temporal. Finalmente, mediante el principio de la causalidad asociamos una idea que consideramos como causa, con otra idea que consideramos como efecto, por ejemplo, si tenemos la idea de humo —efecto— lo asociamos con la idea de fuego —causa, o si tenemos la idea de hijo —efecto— la asociamos con la de padre —causa—.

Cuando las ideas se asocian mediante estos principios permanentes dan por resultado ideas complejas que son la fuente de nuestros pensamientos y acciones más coherentes y organizados, que nos sirven para relacionarnos con los demás, para manejarnos en la vida cotidiana, para producir conocimiento, etc. Sin embargo, como dijimos antes, no son los únicos principios a partir de los cuales se asocian las ideas. Muchas veces, esa asociación puede llevarse a cabo a partir de principios variables, débiles e irregulares, que generalmente dan lugar a un tipo de ideas que Hume llama ficciones.

Las características y alcances del conocimiento

Como mencionamos en el apartado anterior, Hume señala que podemos hacer dos tipos de inferencias por medio de la razón: las demostrativas y las probables. Hacemos inferencias demostrativas cuando ponemos nuestra atención en las relaciones abstractas entre las ideas que están en nuestra mente independientemente de lo que exista en el universo, por ejemplo, cuando afirmamos que *el todo es mayor que las partes* o que $2+3=5$. Hume dice que este tipo de afirmaciones son intuitiva o demostrativamente ciertas, lo que nos recuerda la definición que Descartes hace del conocimiento cierto.¹⁵² Efectivamente, Hume entiende estas definiciones de manera similar a Descartes. Una afirmación intuitiva es aquella que nos persuade inmediatamente, algo que captamos de una sola vez. Una afirmación demostrativa es aquella a la que llegamos no inmediatamente, sino dando una serie de pasos, encadenando unas ideas con otras, hasta llegar a la conclusión. Por ejemplo, cuando concluimos que el cuadrado de la hipotenusa es igual a la suma del cuadrado de los catetos de un triángulo rectángulo, debemos dar una serie de pasos para darnos cuenta de la certeza de esa afirmación. Hume señala que el conocimiento demostrativo es el que alcanzamos en disciplinas como la lógica y la

¹⁵² Véase el [capítulo 7](#) de este libro.

matemática, que se ocupan de relaciones entre entidades formales, y no entre personas y/o entre fenómenos naturales. Es un conocimiento universal y necesario porque está regido por el principio de no contradicción: lo contrario a lo que se afirma es inconcebible. Por ejemplo, no podemos pensar que $2+3$ no sea 5 —ya que Hume no tiene un genio maligno a su lado que lo engañe— ni que un triángulo tenga cuatro ángulos.

Como acabamos de señalar, las inferencias demostrativas son independientes de lo que sucede en el universo; se refieren estrictamente a las relaciones que se dan entre las ideas en nuestra mente. Por lo tanto, no nos permiten afirmar nada acerca de hechos, personas, fenómenos, etc. que tengan lugar en el mundo. De este tipo de cuestiones se ocupan las inferencias probables que realizamos a partir de la experiencia. Las inferencias probables sí nos permiten afirmar algo acerca de objetos, personas, etc. efectivamente existentes; pero sus conclusiones no son ni intuitiva ni demostrativamente ciertas, porque lo contrario de un hecho es concebible. Podemos afirmar que todos los días hábiles de nuestra vida entre los 3 y los 18 años iremos al colegio, pero podemos concebir que eso no suceda, por ejemplo, si hubiese una pandemia que obligara a cerrar los establecimientos educativos por tiempo indeterminado. Este tipo de conocimiento solo permite obtener distintos grados de probabilidad, ya que se refiere a eventos, personas y fenómenos particulares, y nuestra experiencia —mediante la cual accedemos a esos casos particulares— nunca es completa, sino que se refiere a un período de tiempo y a un lugar o lugares determinados. Por más que aunemos esfuerzos con otras personas, como hace la comunidad científica, siempre hay casos particulares que se nos van a escapar, que aún no hemos observado. Para volver al ejemplo del principio, yo puedo afirmar que *hasta el momento los border collies observados cambian de pelaje dos veces al año* pero es concebible que existan perros de esa raza que, por algún motivo, no cambien de pelaje o que lo hagan más veces al año; es algo con lo que no parece imposible que nos podamos encontrar tarde o temprano.

Por ese motivo, Hume prefiere reservar el término *conocimiento* para lo que es susceptible de demostración y aplica el nombre *creencia* a aquello respecto de lo cual solo podemos alcanzar distintos niveles de probabilidad. Hume define a la creencia como una sensación particular que acompaña a ciertas ideas, y que radica en la mayor vivacidad o intensidad con la que concebimos esas ideas (IEH 5.12).¹⁵³ Por lo tanto, no se trata de un orden particular que adquieren las ideas, ni de ideas que tengan características especiales, sino simplemente de cierto modo de concebirlas y de una manera determinada de sentir las. Una afirmación que esté respaldada por una mayor cantidad de casos a su favor va a ser más creíble que otra: por ejemplo, yo creo con más intensidad que el sol va a salir mañana, antes que que el sol no va a salir, porque la primera afirmación está apoyada por una inmensa cantidad de casos a favor y ninguno en contra.

¹⁵³ Dada la vaguedad de esta definición, Hume añade: “Debo confesar que resulta imposible explicar perfectamente este sentimiento o modo de concebir”.

La crítica a la idea de conexión causal

Otro punto fundamental de la teoría del conocimiento de Hume es la crítica a la noción de causalidad. Esta noción es muy importante porque es uno de los tres modos en los que podemos conocer hechos, personas o fenómenos concretos. Los otros dos son la percepción aquí y ahora del hecho en cuestión mediante la sensación, o su recuerdo. La causalidad es la única que nos permite ir más allá de lo que los sentidos y la memoria nos ofrecen en el momento presente, por eso todos nuestros razonamientos acerca de hechos se basan en la relación causal. Las ciencias fácticas emplean constantemente ese tipo de razonamientos para hacer predicciones y acrecentar nuestro conocimiento de los hechos. Ahora bien, Hume señala al respecto que “un acontecimiento sigue a otro pero jamás observamos un enlace entre ellos. Aparecen asociados, pero nunca conectados” (IEH 7.26). Cuando decimos que un objeto está conectado a otro, solo queremos decir que ha adquirido una conexión en nuestro pensamiento mediante los principios de asociación que operan en la imaginación.

La noción de conexión causal supone que un objeto —o persona, o evento— tiene el poder de causar que otro objeto —o persona, o evento— actúe o se mueva; o para hablar de manera más general, tiene el poder de incidir en otro objeto de forma directa. Hume dice que eso es imposible de comprobar. Más aún, dice que todos los eventos naturales y mentales parecen estar dispersos y desconectados (IEH 7.26)¹⁵⁴. Lo que percibimos es que una clase de objetos suele venir frecuentemente acompañado de otra clase de objetos, por ejemplo, el fuego suele estar acompañado de humo, o el esfuerzo físico suele estar acompañado de transpiración. Solo percibimos que siempre que aparece uno de ellos, aparece el otro, pero no percibimos una conexión efectiva entre ellos, sino únicamente que se presentan juntos. Tenemos entonces una impresión o una idea del primer tipo de objetos, y una impresión o idea del segundo, pero no tenemos —ni podemos tener— una impresión o idea de su conexión, una percepción de cómo el fuego causa el humo o el esfuerzo físico causa la transpiración.

Sin embargo, luego de observar en muchas ocasiones que el fuego está acompañado de humo, y el esfuerzo físico de transpiración, al prender el fuego esperamos que aparezca humo, y al hacer actividad física, preparamos una toalla para secar la transpiración que brotará en nuestra frente. Esto se debe a que la cantidad de veces en que hemos observado que eso sucedió así nos genera un hábito: el hábito de esperar el humo o la transpiración. Hume considera que el hábito es un principio de la naturaleza humana (T 1.4.7.3) que se origina a partir de la repetición, tanto de casos observados (experiencia) como de cualquier otra cosa (palabras, conductas, etc.). De esta forma, genera una facilidad para ejecutar una acción o concebir un objeto y consecuentemente, una inclinación o tendencia hacia eso (T 2.3.5.1). La repetición de una secuencia de objetos —fuego y humo, movimiento y transpiración— genera en nosotros una expectativa, es decir que nos hace esperar aquello que suele acompañar al fuego o al ejercicio físico, porque

¹⁵⁴ Recordemos el *principio de separabilidad*.

asumimos que las cosas van a ser en el futuro como lo han sido hasta el momento en todos los casos pasados. Hume considera que esa expectativa es una impresión de reflexión que surge como consecuencia del hábito de esperar que todo suceda tal como sucedió hasta el momento. Esa impresión de reflexión es el origen de nuestra idea de causalidad. Cuando hemos observado una gran cantidad de casos en que el fuego estuvo acompañado de humo, y estamos comenzando a encender un fuego, nuestra mente le confiere más vivacidad a la idea de humo, que es el acompañante habitual del fuego. Por lo tanto, creemos que ni bien el fuego se avive, causará la aparición del humo.

En la crítica a la noción de causalidad podemos notar, por una parte, el carácter escéptico mitigado del pensamiento de Hume, que se expresa en el planteo del problema. Por otra parte, en la solución queda expresada su actitud naturalista. En cuanto al problema, Hume nos muestra que nuestra capacidad racional no nos permite alcanzar un conocimiento acabado del mundo: la certeza demostrativa se restringe a las relaciones abstractas entre las ideas y queda excluida del ámbito de las cuestiones de hecho. Así, nuestro conocimiento empírico no solo es de carácter probable sino que tiene un fundamento no racional, ya que se apoya en la repetición y la expectativa de que los casos futuros sean iguales a los pasados. Respecto de la solución, nos muestra que, dado que la relación causal es tan importante para manejarnos en el mundo, es en realidad beneficioso para nuestra supervivencia que no dependa de una facultad tan limitada y falible como la razón, sino de un principio más originario y eficaz como el hábito, que opera de manera mecánica e infalible con independencia del entendimiento (IEH 5.8).

La crítica a la idea de conexión causal es el tema por el cual Hume ha pasado a ocupar un lugar destacado en la historia de la filosofía. Posiblemente, esto se origine en el reconocimiento que hizo Kant de que esta crítica a la pretendida naturaleza *a priori* del concepto de causalidad lo llevó a interrumpir su “sueño dogmático” en cuanto al modo de considerar la metafísica (Kant 1984, 16/Ak 259-60). Pero la crítica también le valió a Hume, luego de la publicación del *Tratado*, varias acusaciones de escepticismo conducente al ateísmo; entre otras razones, por negar que la causa para cada comienzo de existencia estaba fundada en argumentos demostrativos o intuitivos, lo que ponía en duda la relación entre Dios y sus creaturas. Hoy en día, el análisis y crítica de Hume a la noción de causa sigue considerándose como la contribución más importante e influyente al tema de la causalidad (Coventry, 2006, 3). Aún en la actualidad es tema de debate y producción bibliográfica no solo entre los estudiosos de su obra sino de la filosofía en general, dado que estableció el marco dentro del cual se discute el problema.

Referencias

Fuentes primarias

Hume, D. (1984) [1739/40]. *Tratado de la naturaleza humana* (Trad. F. Duque). Buenos Aires: Hyspamérica Ediciones. [Citado como T, indicando a continuación el número de volumen, de parte, sección y parágrafo].

- Hume, D. (1992) [1748]. *Investigación sobre el entendimiento humano* (Trad. M. Holguín). Bogotá: Norma. [Citado como IEH, indicando a continuación número de sección y de párrafo].
- Kant, I. (1984) [1783]. *Prolegómenos a toda metafísica futura que pueda presentarse como ciencia*. (Trad. M. Caimi). Buenos Aires: Charcas.

Fuentes secundarias

- Coventry, A. (2006). *Hume's Theory of Causation. A Quasi Realist Interpretation*. New York: Continuum.
- Hatfield, G. (2008). The Cognitive Faculties. En Dan Garber & Michael Ayers (Eds.), *The Cambridge History of Seventeenth-Century Philosophy Vol. II* (pp. 953-1002). Cambridge: Cambridge University Press.
- Owen, D. (1999). *Hume's Reason*. Oxford: Oxford University Press.